

XIX Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

LECTURAS:

PRIMERA

1 Reyes 19,9a.11-13a

Allí entró Elías en la cueva, y pasó en ella la noche. Le dijo: "Sal y ponte en el monte ante Yahveh". Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor. Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva.

SEGUNDA

Romanos 9,1-5

Digo la verdad en Cristo, no miento, mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo, siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón. Pues desearía ser yo mismo anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne, los israelitas, de los cuales es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas; de los cuales también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.

EVANGELIO

Mateo 14,22-33

Inmediatamente obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir por delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar; al atardecer estaba solo allí. La barca se hallaba ya distante de la tierra muchos estadios, zarandeada por las olas, pues el viento era contrario. Y a la cuarta vigilia de la noche vino él hacia ellos, caminando sobre el mar. Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían: "Es un fantasma", y de miedo se pusieron a gritar. Pero al instante les habló Jesús diciendo: "¡Animo!, que soy yo; no teman ustedes". Pedro le respondió: "Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas". "¡Ven!", le dijo. Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús. Pero, viendo la violencia del viento, le entró miedo y, como comenzara a hundirse, gritó: "¡Señor, sálvame!" Al punto Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dice: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" Subieron a la barca y amainó el viento. Y los que estaban en la barca se postraron ante él diciendo: "Verdaderamente eres Hijo de Dios".

HOMILÍA:

El profeta Elías, después de haber convencido al pueblo de que el poder de Dios era el único verdadero poder, ya que los dioses falsos no tenían ninguno, se vio perseguido por una de las mujeres más crueles y terribles que aparecen en la Biblia, por Jezabel, la esposa del rey Ajab.

Esta era la que propiciaba y sostenía el culto a Baal, un dios falso, a través del cual mantenía su influencia nefanda sobre el pueblo, y también sobre su marido, que estaba completamente en manos de la astuta y perversa mujer.

Aquel profeta que se había enfrentado a los sacerdotes de Baal, sabía de la maldad de Jezabel, y llegó a tenerle miedo. Parecería algo inaudito en un hombre que había demostrado tener el poder de realizar grandes milagros, que Dios hacía por su medio.

Pero a veces parece que Dios abandona a sus elegidos, precisamente para que aprendan a confiar solamente en El y no en sus propias fuerzas.

El Señor le envió un ángel que lo alimentó y confortó, dándole también el mandato de que se trasladara al monte Horeb, el monte de Dios. Con la comida que le había llevado el ángel tuvo fuerzas suficientes para caminar durante cuarenta días hasta llegar al lugar donde le esperaba el Altísimo.

Y allí recibiría Elías otra prueba de que el poder de Dios no consiste en grandes manifestaciones ni espectáculos extraordinarios.

El profeta experimentó, sucesivamente, el paso de un huracán, de un temblor de tierra, de un fuego devastador, pero en ninguno de ellos parecía estar el Señor. Fue en el "susurro de una brisa suave" que descubrió la presencia de Dios.

Elías comprendió lo que el Señor le había querido enseñar. A veces hemos cometido la torpeza de creer que a Dios se le defiende con la violencia, como hizo Elías al mandar degollar a cuatrocientos sacerdotes de Baal.

Creemos que Dios necesita de nosotros, cuando El solo se basta para hacerlo todo. Desde luego que ha querido asociarnos a su plan de salvación, sirviendo de mensajeros de la buena noticia de su amor para todos los hombres y mujeres de la tierra.

Pero en modo alguno podemos creer que es a base de imponer nuestra verdad a como dé lugar. Este error lo hemos cometido los cristianos en muchas ocasiones, y cada vez que hemos confiado en la violencia, hemos salido perdiendo, pues la fe no se impone sino que se predica con el propio ejemplo de una vida santa.

Hemos luchado incluso unos con otros, persiguiéndonos mutuamente, pensando que Cristo nos pertenece, cuando han sido nuestros pecados los que nos han mantenido divididos en muchas iglesias y denominaciones.

No hemos sido buen ejemplo para los no cristianos. Tenemos que convertirnos, como lo hizo Elías, para llevar el mensaje de salvación de Jesús sin denigrar ni atacar a aquellos que no piensan como nosotros.

Este error lo están cometiendo ahora también los musulmanes, sobre todo aquellos que quieren imponer su religión a base de terrorismo y fuerza bruta.

Nunca las armas han servido para cambiar los corazones. Cuando las usamos logramos todo lo contrario, pues aquellos a los que pretendemos atraer, se vuelven más reacios a aceptar lo que queremos enseñarles.

Ese fue también el error de Pedro, pues cuando Jesús lo invita a caminar sobre el agua, comenzó a hacerlo creyéndose muy capaz, sin confiar en Aquel que podía sostenerlo.

Al menos tuvo la humildad, por no decir cobardía, para gritarle a Jesús pidiendo que lo salvara. Toda la obra de la creación y la salvación es de Dios. Nosotros sólo podemos ser instrumentos de su amor.

Cuando por nuestro esfuerzo logramos un avance, no podemos acreditarlo todo el mérito. Es Dios quien nos da las fuerzas, la inteligencia, la habilidad, para hacer cosas de provecho para nosotros y los demás.

Aquellos que niegan a Dios creyéndose, soberbiamente, de que son poderosos y sabios, cometen el mismo error de atribuirse lo que hacen a sus propias fuerzas, para caer en el precipicio si antes no tienen la suficiente humildad para gritar, como Pedro, a Quien puede salvarlos de perecer definitivamente.

El mensaje de este domingo es muy claro: Sólo Dios tiene el verdadero mérito, porque habiéndonos creado como puras criaturas suyas, ha visto con beneplácito al género humano y nos ha elevado a una condición superior.

No sólo nos ha dado inteligencia y voluntad, que son las potencias del alma, para dominar las otras criaturas en la tierra, haciéndonos inmortales, y derramó sobre nosotros el Espíritu Santo para que seamos verdaderamente sus hijos por Jesús.

Por más que hagamos nada seremos sin El. Pero si no cooperamos nos haríamos indignos de los dones que nos ha otorgado. Trabajemos, pues, sin descanso, pero confiando siempre en El.

